II

Alfonso López Michelsen

Mal puedo explicarme la amable invitación a clausurar el XIII Congreso Nacional de Cultivadores de Palma Africana, si no fuera por la feliz circunstancia de celebrarse esta reunión en la ciudad de los Santos Reyes de Valledupar.

Aquí mismo, hace treinta años, hice mis primeras y únicas armas en la agricultura a orillas del rio Diluvio, en tierras que en otros tiempos fueron de mis antepasados, y hoy son de ese gran señor que es Hernando Molina, tan popular como la propia música vallenata.

Me ufano de haber traído el primer tractor al actual departamento del Cesar y de haber sido precursor de las obras de riego en una región que fuera hasta entonces exclusivamente ganadera. Al integrarse, años después, bajo el nombre del Cesar, como un reparto administrativo colombiano, ya era, entre los departamentos de Colombia, el primer productor de algodón y de palma africana, el segundo de arroz y el cuarto o quinto en ganaderia. También aportaba algo en música autóctona, amén de haber suministrado la mayoria de las leyendas que oyó en su infancia Gabriel Garcia Márquez y se las entregó, luego, al mundo entero, en "Cien años de soledad".

Un vago presentimiento, consignado en mi juramento, al posesionarme como primer gobernador del Cesar, me movió a establecer un parangón entre la colonización del Quindio, cumplida cien años antes, y la colonización del Cesar, que despegó, también, pasado el medio siglo XX. Gentes venidas de todos los rincones de Colombia, desde la Guajira hasta Nariño, pero principalmente del Tolima y del Huila, trajeron aquí sus conocimientos en el cultivo del arroz y del algodón, para desarrollar económicamente una región, que llevaba cien años arrullada al son de los acordeones, ajena al resto de Colombia, hasta cuando una mano providencial, rompiendo el Alto de las Minas, le abrió el camino hacia la modernización. En menos de veinte años las migraciones hicieron crecer como por milagro ciudades como Valledupar, Codazzi, Pailitas y Aguachica, mientras se convertían en emporios de riqueza, gracias a los cultivos de palma africana, Bosconia y las regiones situadas en los límites con los Santanderes, en jurisdicción de San Martín y San Alberto.

¿Será demasiada osadía pensar que, en el curso de los años, hasta el final del siglo, la palma pueda llegar a desempeñar un papel en la economía nacional semejante al del café a finales del siglo XIX? Que se me permita aventurar unas palabras, no ya de ciencia ficción, sino de agricultura ficción. Pocas regiones del planeta, aun cuando ello parezca paradójico, son propias al cultivo de la palma africana, que demanda en las regiones ecuatoriales una determinada altura sobre el nivel del mar y un régimen de lluvias que no se presenta en todas las latitudes. Colombia, como en el caso del café, dispone en razón de su posición geográfica, de zonas privilegiadas para el cultivo de la palma africana que, en veinte años, ha pasado de abastecer un 2% de las grasas y aceites, a constituir el 37.1% del consumo nacional y el 58% de la producción. Nuestro suelo, por su clima y el sol casi permanente de que disfrutan ciertas regiones, constituye un recurso natural inapreciable. Alguien lo comparaba con la afortunada locación de nuestro espacio —la órbita geoestacionaria— para colocar satélites de comunicaciones ultraterrestres, franja privilegiada de la cual disfrutan muy pocos países y que Colombia ha tratado de defender ante la comunidad internacional, como un recurso natural propio de un país, pobre a quien otros estados, a semejanza con lo que ocurre con el derecho del mar, le debieran respetar como zona económica exclusiva la franja ultraterrestre a donde se colocan los satélites. Siento, sin embargo, que estoy invadiendo predios de la señora ministra de Comunicaciones, quien durante cuatro años, ha librado una dura batalla en defensa de nuestros derechos en la órbita geoestacionaria frente a las grandes potencias.

Son pocos los países propicios al cultivo de la palma africana. En uno solo de entre ellos: Malasia, la exportación de este producto representa el 90% de su comercio exterior. Colombia puede y debe realizar un gran esfuerzo para alcanzar, en primer término, el autoabastecimiento en oleaginosas y alcanzar, con el apoyo del estado, categoría de nación exportadora. Es, quizá, mi único punto de discrepancia con la impecable exposición del señor presidente de Fedepalma, tan conciso en sus palabras y tan enjundioso en sus apreciaciones. Cuando él habla de la falta de competitividad del aceite de nuestra palma africana, para renunciar a exportarlo, no obstante los altos niveles de producción por hectárea, como que adopta una actitud irrevocable en el sentido de estimar como una barrera imposible de franquear la de nuestros costos. Es apenas una situación coyuntural que, en modo alguno, es exclusiva de la palma africana. Idéntico fenóme-

no ocurre con el arroz que, no obstante superar los índices de producción por hectárea con respecto a los países asiáticos y particularmente a Tailandia, no puede, dentro del contexto actual, competir en los mercados mundiales con arroces de otras procedencias. Ningún producto agrícola nuestro, con excepción del café suave y las flores, está en condiciones de competir con los productos foráneos, sin la ayuda de grandes subsidios, como es el caso del algodón frente a las grandes cosechas norteamericanas y chinas de los últimos años. Unas veces los subsidios los suministra directamente el estado, como en el caso del algodón, en otros, el mercado interno, como en el caso del azúcar, que permite vender a menos precio en el extranjero, merced al alto precio del azúcar en el mercado doméstico. Es de esperarse que, más tarde que temprano, estas distorsiones puedan ser remediadas y nuestra agricultura se vea redimida en este carácter de minusválida, que no le permite exportar o la hace sentirse amenazada en todo tiempo por el contrabando y la competencia extranjera.

Con razón dice el Doctor Guerra de la Espriella en su informe a este Congreso que: "El estado con su concepción fiscalista prácticamente nos ha asfixiado, a través de una estructura de costos de producción que en nada se compadece con los ingentes. sacrificios personales y monetarios que debemos hacer los cultivadores colombianos".

"Como resultado de esa política, el costo de producción de la palma africana de enero 1985 a 1986, se incrementó en 38%, siendo los aumentos más notables el de los fertilizantes 42%, plaguicidas 38%, semillas 48%. maquinaria agrícola 47%, mientras que el precio del aceite solo creció 28% en términos nominales".

Con estos antecedentes, que no son exclusivos de la palma africana sino de toda la agricultura no tradicional, fácil es comprender que con semejantes costos, a los cuales hay que sumar las altas tasas de interés y los de transporte, los productos agrícolas colombianos no sean competitivos en ningún mercado. Se salva, claro está el café cuyo precio por unidad es solo comparable al de los metales. Mientras una tonelada de café se cotiza por encima de los tres mil dólares, cualquiera de los cereales, empezando por el arroz, difícilmente supera la barrera de los trescientos dólares y generalmente están por debajo. Un recargo de diez, quince o veinte dólares en impuestos, en transporte o en productos petroquímicos lo absorbe fácilmente el café, a tiempo que constituye insoportable gravamen para otros artículos en donde llega a representar un recargo del diez, del quince o del veinte por ciento sobre el valor agregado.

Parecería inexplicable dentro de este contexto el auge en los cultivos de palma africana a la luz de las cifras que demuestran cómo las importaciones de grasas y aceites extranjeras se han visto sustituidas por las autóctonas. La explicación es muy sencilla y apunta también a la totalidad de la agricultura. Los índices del crecimiento del sector agropecuario están alterados, sin que se pueda decir que hayan sido adulterados, por factores exógenos. En ningún año, de los últimos diez o veinte, las estadísticas han señalado un crecimiento negativo del sector agropecuario. Nadie ignora, sin embargo, que el hato nacional, que se calculaba en una res por cada habitante, está reducido en más de un 25%, y, tratándose de la agroindustria propiamente dicha, para usar precisamente el ejemplo de la palma africana, lo que está ocurriendo no es un aumento de la producción en estos años sino **los** frutos de un cultivo de tardío rendimiento, plantado hace cinco o siete años. El visible autoabastecimiento en grasas y aceites para 1994 puede, en cierta manera, convertirse en un hecho. Nadie ignora que el contrabando, tanto de Venezuela como del Ecuador, está contribuyendo en cantidades no despreciables a satisfacer el consumo nacional y, por otra parte, el aceite de palma del que estamos disfrutando ahora corresponde a cultivos iniciados cuando todavía se trataba de una operación rentable dentro de lo tradicional en la agricultura. Con los costos atrás enunciados y teniendo en cuenta que se trata de un cultivo de tardío rendimiento, es absolutamente utópico pensar que gentes que hagan cuentas a derechas se comprometan en cultivos con los intereses actuales, sin plazos muertos, esperando ocho años para entrar en plena producción, sin ningún flujo de caja. El dilema para los gobiernos va a ser escoger entre el autoabastecimiento hasta finales del siglo, merced a créditos con bajísimo interés y otras formas de apoyo del estado a los cultivadores, o renunciar a la expectativa de producir en grande el aceite de palma ante la imposibilidad de que empresarios nacionales cuenten con un suficiente flujo de caja para esperar por años un retorno discutible frente a una inversión tan cuantiosa que va a estar representada más en recargos que en cultivos.

Nos dolemos de pequeños insucesos agrícolas, cuando el balance de estos años muestra aspectos favorables, que no se pueden desconocer. El país en el breve espacio de ocho años, pasó de ser importador de cacao en gran escala para convertirse en exportador. En materia de sustitución de importaciones agrícolas, que se habían visto desatendidas hasta el extremo de que por "sustitución de importaciones" se entendían exclusivamente las industriales, tenemos el verdadero milagro en materia de aceites y grasas como es el de haber reduci-

do entre el año 1981 y el año 1985 la importación de la materia prima para la fabricación de aceites vegetales de 60.2% a 32.8% del consumo, gracias a la producción de palma que hoy supera la totalidad de los aceites importados, cuando entonces no representaba ni siquiera la mitad. Los cultivos de palma africana en regiones como la Intendencia de Casanare vienen creciendo en proporciones tan increíbles como crear en el espacio de ocho años proyectos por cerca de 10.000 hectáreas.

Nos encontramos, entonces, frente a un cultivo con un horizonte comparable al del café y con un potencial de desarrollo como no puede mostrar ningún otro producto agrícola, al punto de que no es aventurado pensar que, con una producción anual estimada en quince mil millones de pesos, ocupa entre los rubros del campo el tercero o cuarto lugar, después del café y del arroz, y con la proyección estimada de las plantaciones ya en desarrollo pasará a ser antes de cinco años el segundo producto después del café, en términos de millones de pesos.

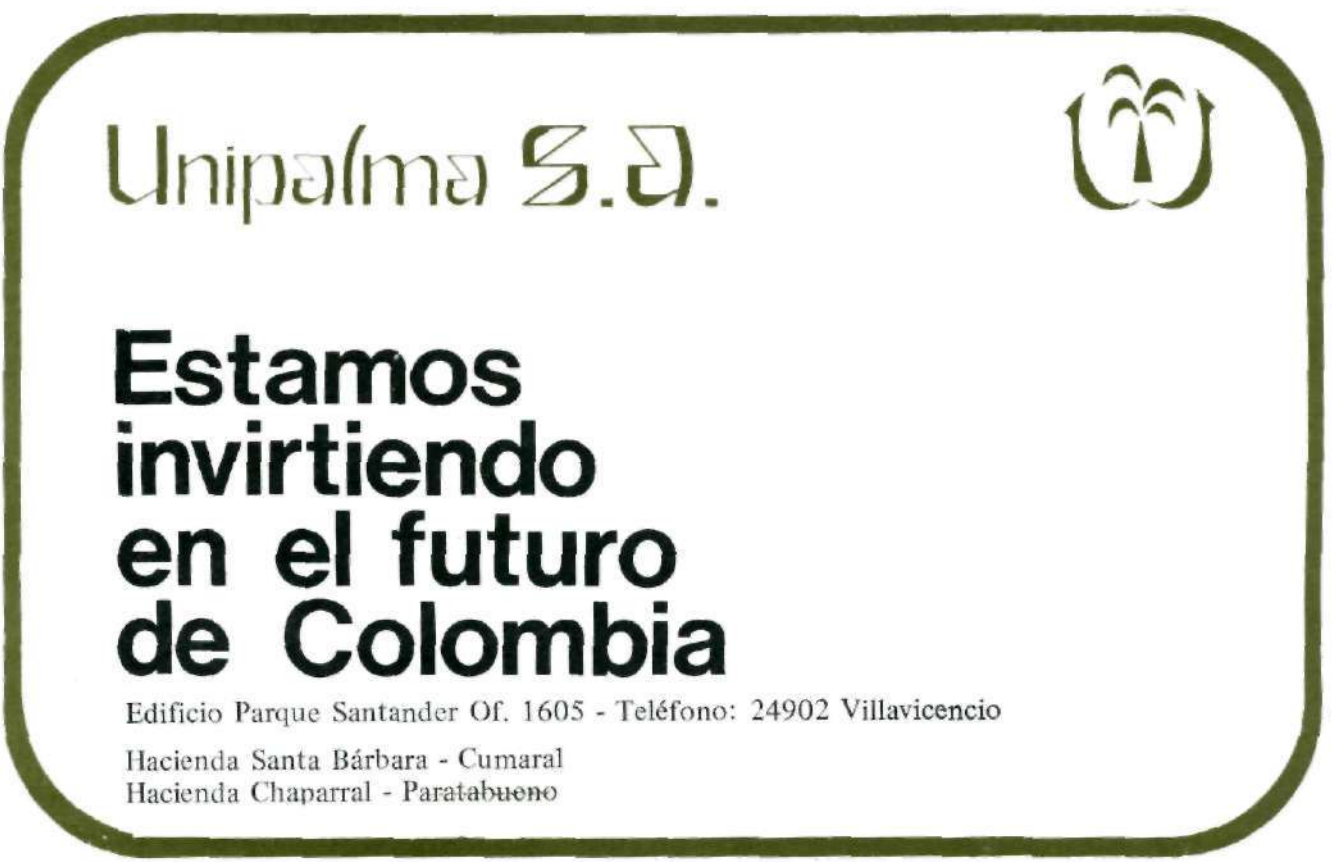
Estas halagüeñas perspectivas pueden revestir aún mayores proporciones si, como lo mencionó aquí el doctor Antonio Guerra de la Espriella, la Federación insiste en su política de apoyo técnico a los cultivadores, poniendo cada vez mayor énfasis en la investigación de la semilla y en la lucha contra las plagas. Tuve ocasión, hace algunas semanas, de visitar la región cacaotera del Brasil en donde se produce el 20% del cacao del mundo y me sorprendió, al visitar la granja experimental de donde partió el renacimiento de los cultivos, la afirmación por parte del director, según la cual no había sido mediante el crédito sino gracias a la asistencia técnica como se habían reactivado los cultivos en el nordeste del Brasil. Con cifras bastante elocuentes se nos hizo la demostración del contraste entre los períodos de créditos con bajos intereses y largos plazos, que sólo reanimaron las plantaciones en forma muy lenta, y los avances tecnológicos que estimularon la inversión en un período relativamente breve. No creo que en Colombia se pueda prescindir de ninguno de estos dos aspectos, máxime tratándose de cultivos relativamente nuevos, como éste, que apenas cuenta alrededor de treinta años, desde las épocas cuando Ismael Alberto Noguera realizaba sus primeros experimentos en la zona bananera. Sin embargo, el buen suceso de los cultivos de Urabá, con la aparición de los híbridos, inmunes, si así puede decirse, a la marchitez, causada por la insuficiente luminosidad, nos está demostrando la importancia de la colaboración entre el ICA y la Federación, para avanzar en el camino de desarrollar especies adaptadas a nuestro suelo, gue nos permitan mejorar de día en día la producción por hectárea. Otro tanto puede mencionarse, con respecto a los resultados tangibles en la lucha contra la pestalozzia y las plagas que afectan los cultivos en distintas regiones del país. Pocos colombianos conocen los logros que se han alcanzado en materia de investigación biológica con respecto a la palma africana en Colombia. Quiero señalar especialmente los experimentos realizados con la asesoría de la firma Harrison and Crosfield en materia de polinización animal, adelantados aquí, en Codazzi, en la Hacienda de "Las Flores", que no corresponde a ningún corrido mexicano, sino al techo hospitalario de nuestro anfitrión de mañana y vicepresidente de Fedepalma don Carlos Murgas.

Como es sabido, la palma es una planta hermafrodita en donde, como se vio en el pasado en algunos casos, la polinización es eminentemente compleja hasta el extremo de haberse puesto en práctica en Asia la polinización asistida, que consiste en la búsqueda, a través del laboratorio, de la inseminación artificial, con el concurso del hombre. El hallazgo entre los insectos latinoamericanos y, en particular colombianos del Elaeidobius subvitattus, permitió contemplar la posibilidad de prescindir de la asistencia humana, gracias a esta polinización biológica, que, a la fecha ha sido superada con la introducción del Elaeidobius kamerunicus, traído del África, que se ha aclimatado aquí sin ningún riesgo ecológico y, por el contrario, ha aumentado considerablemente la producción del fruto y el volumen en la extracción del aceite. Es algo que, a pesar de ser tan revolucionario, sólo es conocido por un círculo de especializados en el tema, cuando debiera figurar entre los hallazgos significativos que se han cumplido entre nosotros en los últimos años.

Algunos futurólogos contemporáneos aventuran la hipótesis de que, contemplados los descubrimientos de nuestro tiempo desde la perspectiva del siglo XXI, bien puede ser que el más grande hallazgo de la mente humana por sus repercusiones, no haya sido la informática sino la ingeniería genética. Dentro de mi aventura por los predios de la agricultura ficción, no es inconcebible considerar la hipótesis de variedades de palmas oleaginosas, como el Inchi, que se reproduce silvestre en los Llanos Orientales y que podría reproducirse por clones dentro de la meiosislación contemporánea, utilizando algunos ejemplares ya seleccionados por la Unesco en la región del Ariari. Como ustedes saben, cada día se avanza en el camino de hacer por medio de la ingeniería genética una reproducción de las mejores plantas, idénticas a la planta original, como se sacan fotografías de un negativo, hasta concebir la posibilidad de crear un bosque de entre ellas, todas de prímerísima productividad. El Inchi de las llanuras orientales colombianas tendría sobre la

palma africana tradicional la ventaja de producir rnás por unidad, de no demandar un personal excesivamente numeroso para recolectar sus frutos, ya que caen por su propio peso, y, sobre todo, el privilegio de poder conservarse por largos períodos de tiempo, lo cual le ahorraría al extractor del aceite el apremio de tener que hacerlo en el espacio de días, como ocurre con la palma que se cultiva actualmente. Experimentos adelantados por el doctor Enrique Fandiño Rodríguez, con resultados analizados por la firma Lloreda de Cali, nos demuestran que no está tan remota la posibilidad de generar un producto nacional capaz de abrirse camino en los medios de la industria aceitera mundial.

Son todas estas circunstancias que permiten tener una visión optimista de Colombia, como tuve ocasión de recalcarlo hace pocas semanas en Medellín, a propósito de las perspectivas que se abren para Colombia en el año 1986, pese a tropiezos transitorios, como las fluctuaciones hacia la baja en las cotizaciones del café. Mal interpretado por los sindicatos de las llamadas centrales demócratas, que no se dan cuenta de que sus objetivos no son los mismos de los sindicatos comunistas, alguno de sus dirigentes trató de descalificarme con el pobre epíteto de que yo hablaba como un "patrón". Recojo y acepto el concepto. Nada tiene de deshonroso el pensar como un patrón, como en nada se le resta mérito a quien, ganándose la vida honradamente, piense como un obrero. Tenemos que reaccionar contra la pretensión de descalificar a la gente por la función que desempeña en la sociedad. El trabajo y el capital han hecho la grandeza de Colombia y tan legítima es la condición de obrero como la condición de patrón, sin que unos a otros tengan derecho a enrostrársela. Ha llegado la hora de enorgullecerse tanto por ser empresario como por ser asalariado.

Cuando yo contemplo una asamblea de empresarios, como la que está aquí reunida, en donde se han dado cita gentes de las más remotas regiones del país, desde Tumaco hasta Codazzi, y repaso lo que han hecho por Colombia en tan poco tiempo y con tan poca ayuda del estado, no puedo menos de parafrasear la frase de Churchill, refiriéndose a los aviadores de la batalla de Inglaterra: "Nunca, en tan poco tiempo, se vio hacer tanto por tan pocos" y veo en todos ustedes esa capacidad organizativa, tan propia del colombiano, que le permitió a Bolívar darle la libertad a medio continente, mientras Santander desde la Nueva Granada aprestaba los ejércitos y suministraba los fondos.

Deseo a todos una grata permanencia en esta tierra legendaria, a la cual miramos todos los colombianos como a la capital de la alegría.